

Don Quijote, ¿ejemplo moral?

Es frecuente ensalzar en “El Quijote” los valores morales de su protagonista: su sentido de la justicia, su empatía con los desfavorecidos y su incorruptible carácter. Estos valores, así como otros que también se muestran en el transcurso de la novela (lealtad, amistad, compasión) son tan valiosos entonces como ahora, y tomar a Don Quijote como muestra ejemplar de los mismos no está en disputa. Más discutibles son los principios morales de los que se derivan estas acciones virtuosas y su traslado a la época actual. Las acciones del caballero son elogiadas, los principios morales y otras consideraciones de las cuáles aquellas derivan, pueden no serlo tanto a nuestros ojos.

¿Qué principios guían a Don Quijote? Aquellos que, en su delirio, ha tomado de los libros de caballerías. Es importante entender que todas las acciones y motivaciones del personaje cobran sentido vistos desde la óptica de una sociedad pretérita: la de los caballeros andantes. Una sociedad medieval, estamental, en la que el honor, la nobleza y el linaje tienen la mayor importancia. Esta importancia queda patente desde el principio de la novela, cuando el hidalgo Alonso Quijano debate y finalmente decide darse a sí mismo el tratamiento de “don”, un tratamiento reservado a rangos de nobleza más altos que los de un simple hidalgo; luego sus convecinos le reprocharán haberse otorgado inmerecidamente ese tratamiento.

Las diferencias estamentales son patentes a lo largo de la novela; Don Quijote no deja de recordarle a Sancho la distancia que existe entre caballeros y villanos. Y es una diferencia con consecuencias morales: caballeros y villanos no tienen las mismas obligaciones morales. Sólo los caballeros son llamados a “deshacer entuertos” mientras que los villanos bien pueden abstenerse de intervenir. Sancho puede intervenir (si así lo desea) en trifulcas entre villanos, Don Quijote tiene la obligación de hacerlo remediando el tipo de injusticias que ha aprendido en los libros de caballerías. También son diferentes las motivaciones de ambos: el caballero sale a buscar aventuras esperando lograr la

fama, la admiración de sus iguales y acaso “algún reinado” que le encomienden. El escudero por su parte espera lograr el gobierno de una ínsula y disfrutarlo con su mujer e hijos. En ninguno de los dos casos podemos hablar de una motivación moral, son más bien motivaciones egoístas las que de inicio y principalmente mueven a ambos personajes.

¿Qué situaciones mueven a la acción a Don Quijote? De nuevo, el canon caballeresco es su guía. Y esta guía provoca varias deficiencias en su razonamiento moral. En primer lugar, Don Quijote asume sin crítica el tipo de situaciones que según ha leído obligan a intervenir a un caballero andante. No plantea en ningún momento examinar o alterar ese repertorio; lo sigue acríticamente. En segundo lugar, ese repertorio incluye situaciones muy diversas, algunas que también hoy consideramos que demandan nuestra intervención, como socorrer a personas en situación de necesidad o combatir injusticias. Pero no así otras como luchar contra el infiel, vengar la muerte de un caballero o entrar en batalla con algún otro para decidir qué dama es la más bella, o apoderarse de objetos que cree le pertenecen por su rango de caballero. A ojos de Don Quijote todas estas situaciones son análogas y requieren de su intervención pues así lo ha leído. En tercer lugar, Don Quijote se precipita a intervenir tan pronto se le presenta una situación que tiene algún parecido o relación con alguna de las referidas en las novelas de caballerías. Raras son en él la pausa reflexiva, la consideración de otros puntos de vista o el diálogo razonado. Su delirio y su deseo de acrecentar su fama le empujan a intervenir con consecuencias frecuentemente contrarias a las deseadas. Es Sancho quien reflexiona, da opción a exponer las razones a cada parte y finalmente razona su decisión en los pleitos que se le plantean durante su breve desempeño como gobernador. Es Marcela quien se sale del papel asignado a las mujeres en las novelas de caballerías. Por último, y debido también a su seguimiento acrítico de las costumbres caballerescas, Don Quijote condona en distintos momentos de sus aventuras conductas que en modo alguno son aceptables hoy: el rapto de mujeres, la prostitución, la trata de esclavos o el expolio de los vencidos.

Son varias pues las objeciones que pueden plantearse a considerar “El Quijote” como una novela moralmente ejemplar. Y dado que el propósito declarado de su autor al escribir la obra es denostar el género caballeresco, las limitaciones morales que exhibe su protagonista se compadecen bien con ese propósito. Don Quijote toma como guía moral un idealizado pasado medieval; la novela de Cervantes, publicada a comienzos del siglo XVII, ridiculiza esa guía y aboga por una moral más universal e igualitaria, menos guiada por el honor y más por las razones.

Luis Iraola

Comisión Olimpiada de Filosofía de Madrid